

PRIMERA LUCIDEZ

¿Dos hombres se pueden amar? No creo. No sé. Tengo que esconder eso y esconder que soy esto. Hay que poner la voz gruesa. Papá cada vez más lejos. Mamá muda. El campo. No hay lugar más seguro. De noche la luna en la ventana. La noche es más grande. Puedo escribir de noche. Palabra nueva: sodomía. Cierro la puerta del cuarto. No quiero escuchar nada por un rato. Libros como puertas. Es de madrugada. Me despierto temblando. Soñé con brazos enormes que me llevaban no sé dónde, pero era como si me durmiera en algo tibio y un hombre hablaba. Después, una mano me tocaba todo. El cuello. La espalda. Me amasaba. Las piernas. La panza. Y cuando se metía entre las piernas me desperté. Estoy sucio.

El amor. Lo imagino. Calor. Poemas. La noche es grande, como si esperara algo. ¿Hay alguien más esperando algo? Sueño con un jardín hermoso. Leo Delmira. Si se aparece acá se desmayan todas, porque a su lado son todas unas idiotas. Putas. Patéticas. Y a los varones ni se les pararía. Cagones. Mis padres me ponen la ropa, me ponen el pan en la boca. Ellos dan vuelta la tierra. Les nacen maíces, les nacen tréboles, alfalfa. Pero hay cosas que no ven. Hay cosas que no están en la tierra. ¿Me ven a mí? Es difícil escribir del amor si no te han amado. Me duermo, me despierto. Me hago una paja con rabia. Tengo hojas escritas, poemas de amor que no pueden ser, para nadie. Soy puto. Hay que poner la voz gruesa.

Germán. Germán. No lo había visto antes. Tiene brazos fuertes. Él miró los míos y me dijo que también. Es por el campo, le dije. Es por correr. Es por el sol. Las anguilas que sacó mi primo del barro. El sol de verano que quema la tierra. Los terrones que se rajan, el polvo que levantan en la tierra seca las vacas, lentas. El olor dulce de sus meadas. Te llevaría al jardín, Germán, ese jardín con el que sueño cada tanto. No sé dónde queda, pero es el lugar más seguro del mundo. Hay como una luz amarilla que lo baña todo, y cuando entro se me desatan los nudos. Pero estás en mi cama, Germán. Tiene una boca hermosa, para comerlo todo. Lo mordería todo. Los hombros, los codos, el cuello, las orejas. Hasta lamería el sudor cuando hacemos gimnasia. Un poema

sin decir que el amado es hombre. *Ay, amor, que apenas percibo, / adornaste de ausencia la corona de mi mente, / no diste tiempo para hacer tallo fuerte, / y se caen las hojas, y se mueren las ramas. / Te fuiste, amor. Con la promesa de las alas, / con el silencio de los bajos y las estrellas / dejándome solo, y en mis costillas dejando / a dos niños en tibia querella.*

Germán y un dolor en la panza. Me acuerdo de todo, todo su cuerpo y la pija se me hace agua. La pija se me hace piedra. El jardín. Nadie entra ahí. Me como la llave de bronce adelante tuyo, Germán. Te amo. Si no querés que sepan, no digo nada. Pero te amo de verdad. Abrazame como quieras. Así. Allá. Acá. Haceme lo que quieras. Sos el primero. Tocame. Yo jamás voy a decir nada. Capaz no entendés los poemas, ni nada. Yo no puedo hablar de fútbol ni de fierros, pero tengo estos brazos y todo lo que pueda dar, te lo daría. Una, dos, tres veces paja. Yo quieto. Y lloro, Germán. Todo quieto.

Kafka. El escarabajo que no es escarabajo: estas letras parecen más serias que todo lo que he escuchado en la vida. ¿El mundo pesa? El mundo puede pesar. Hoy en el gimnasio Germán. Desnudo. Me gustó pero no. La tiene enorme. La mía no es así. ¿No habré crecido bien? Me fui de ahí. Pero me acuerdo... las tetillas rosadas. El vello púbico marrón claro. Germán, te gustan las tetas. Soy tan patético. Lloro de noche. Mi vieja me descubre. Fuera. Salí de mi cuarto. Escribo y destruyo poemas como una máquina. Germán y la minita aquella. Un charco dejaba por Germán. Se fueron por ahí, se besaron, se apretaron. Germán le toca y le chupa las tetas. Ella se apreta contra la cosa enorme de Germán. Hace ruiditos mientras Germán le pasa la mano. ¿Le tocarás ese culo durito que tiene, nena? Aprovecha. Lamele la barba, tragatelo. Dalo vuelta y mordele la espalda. Abrile las nalgas y que sepa con quién se mete. O que te dé vuelta a vos, da lo mismo, total... No te va a querer después.

Alguien le dijo a Germán que yo lo miraba mucho. Se me acercó en el patio y yo tenía el corazón como un tambor. Me puso su brazo fuerte en el cuello. Mi cabeza chocó con la pared. Puto, me dijo. Puto. No pude hacerme el macho. Me partió la boca, el labio con un puño. No pude llorar ahí. Cuando llegué a casa, sí. Les mentí: les dije que me había peleado con un compañero,

que me defendí. Papá y el marco de la puerta de mi cuarto: Si no les hacés nada, nadie te hace nada, dijo, y se fue. Pero yo no hice nada, le repito. Hice, sí. Me gustan los hombres. Me gustan las pijas, así, venosas. Las piernas peludas. Las nalguitas cuadradas. Tengo fetiche con las axilas peludas. Quiero morder una barba. Me pajeo pensando en tu primo argentino, papá. Ese que viene al campo en verano no sé a qué mierda, a hacer turismo aventura en estas praderas suavemente onduladas, con ese short cortito. Se le nota todo, todo, y yo me tengo que esconder en el baño.

Lorca era puto. Con razón te dolía el aire, el corazón y el sombrero. A mí me duele la jeta, Fede. A la salida de aquel baile, apareció Germán, drogado. La noche es desconocida: su cara inmensa está llena del vapor, del sudor, del humo a tabaco. La luna que me mira desde la ventana de mi cuarto, ahora se esconde atrás de una casa. ¿Qué fumaste, Germán? No sé, pero la cara y esos brazos anchos que adoré solo en mi cuarto, todo tiene un viento grave, todo es más grande. Hasta tu cara confundida y tus cejas enormes y enojadas. Hasta esa baldosa suelta que hay en el suelo, que te doblás para agarrar. ¿Qué vas a hacer? ¿Me la vas a tirar? La baldosa en la mano y tus ojos en los míos. Y una estaca de hielo levantándose desde la panza hasta la garganta. ¿Esto es el miedo? ¿Así se sentía? No sé quién fue. Pero un amigo te agarró la mano, te detuvo, te tapó la boca, "...el trolo ese". Y te llevó despacio, te hizo doblar la esquina, al mismo tiempo que vomitaste todo. Todo el líquido alcohólico brillando abajo de las luces anaranjadas. La baldosa está en la calle, pero está en mi frente. Mi cuerpo está intacto, pero me acuesto en mi cama, de madrugada y el dolor baja de la frente al resto de mí. Hay un charco de sangre en el hueco de mi cama. De mañana, todos nos levantamos y volemós a nuestros lugares. Mis padres tienen unos ojos grandísimos que miran el campo, miran el cielo, miran el horizonte. Se comen a los animales con los ojos, nada queda afuera. Salvo el pedazo de piedra que tengo metido en la frente. Ellos no lo ven, y comemos el pan manchado en mi sangre que no para de salir. Ellos muerden, y después se lamen la sangre de mi cara como unos gatos ignorantes. Nada más.

Andrés Mado